

Rostros y sitios en los inicios de la fotografía en Querétaro

Rosa Casanova*

Guadalupe Zárate Miguel, *Pioneros de la fotografía en Querétaro*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 2017, 105 pp.

Desde hace años, Guadalupe Zárate emprendió una investigación en torno a la memoria y el patrimonio en Querétaro, que ha fructificado en *La historia de las cosas* (1999) y *Memoria queretana* (2011). Soy testigo de la perseverancia de la autora que hizo posible llevar a buen término —después de años de lucha— la formación de un espacio para la investigación y conservación del patrimonio visual del estado, el Centro Queretano de la Imagen. En una bella casona porfiriana restaurada dentro de los límites del centro histórico se activa también la producción local de imágenes, fincada en el reconocimiento de una tradición para desarrollar proyectos informados que proporcionen miradas nuevas a la realidad.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

En *Pioneros de la fotografía en Querétaro*, el libro que nos ocupa ahora, Zárate reunió una serie de documentos, manuscritos, impresos y visuales para contarnos sobre el inicio de la fotografía en el estado. Antes de tocar su objetivo, nos brinda una serie de coordenadas teóricas y metodológicas desde donde aborda la fotografía. Parte de la afirmación de que la fotografía es la más democrática de las artes, aunque por décadas fue patrimonio de las clases acomodadas. Para ella —al menos en este ejercicio— lo que resulta prioritario es el vínculo entre la fotografía y la historia, plasmada en los usos que la sociedad hace del medio que vino a modificar los conceptos de mundo de nuestros antepasados decimonónicos, y los significados que le fueron asignados. Menciono algunos de los que desarrolla la autora: la subjetividad y la percepción del círculo afectivo, familiar o de amistades a través del retrato; el mundo en que se vivía a través de las vistas, que a la vez permitían imaginar espacios desconocidos; los próceres y políticos que adquieren rostro a través de la imagen fotográfica. Cambios que hoy vuelven a trastocarse con el universo digital, que vuelve autor de su pro-

pia narrativa visual a cada uno de nosotros.

Como historiadora, Zárate se coloca entre el significado de la imagen en su contexto y las lecturas que hoy hacemos de ellas en búsqueda de pistas del pasado concreto del estado. Una tensión que mantiene a lo largo de su estudio. Después nos brinda una brevísima referencia del inicio de la foto en México y las estrategias del Estado mexicano, iniciando con la adquisición del Archivo Casasola en 1976 y la formación de la Fototeca Nacional, para conservar este legado que aún no formaba parte del patrimonio reconocido por las instituciones oficiales, donde figuraba (y a veces sigue siendo así) como documento para ilustrar la historia, sobre todo a través de rostros de héroes y villanos, y de vistas de los sitios marcados por algún evento. Recorre también la formación de acervos en Querétaro: nos informa que ninguno está catalogado y sólo dos están accesibles a la consulta del público. Un resultado pobre cuando se piensa en la riqueza a la que alude el trabajo de rescate de la historia fotográfica queretana realizada por Patricia Priego y José Antonio Rodríguez en 1989

(*La manera en que fuimos*), o el estudio sobre Esteban Galván realizado por la autora en 1999.

Para ordenar su investigación, estableció una periodización y este libro corresponde justamente a una primera etapa, poco conocida. Sitúa la procedencia de las imágenes, todas localizadas en instituciones del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH): Fototeca Nacional, Fototeca Constantino Reyes-Valerio de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, y Museo Regional de Querétaro. No es casual que sea esta institución donde más se ha apoyado la investigación sobre el medio, como lo prueba la propia autora, investigadora del Centro-INAH Querétaro.

En el primer capítulo, Zárate esboza la biografía de José Manuel de Herrera Olvera, siguiendo el expediente conformado para su ingreso a la Real Escuela de Minería en las postrimerías del Virreinato de la Nueva España. Como alumno, y luego profesor de esa venerable institución educativa, adquirió conocimientos de química y compartió el interés por fijar la imagen como tantos otros científicos en Occidente que experimentaron con diversos procedimientos (es el caso de la orina que utilizó el francés Hércules Florence en Brasil por 1833, como ha estudiado el historiador y fotógrafo Boris Kossov). Hace muchos años, Olivier Debrouse y quien esto escribe interpretamos esta “necesidad”, remontándonos a 1675, cuando Luis Becerra Tanco explicó de “manera científica” en *Felicidad de México en el principio y milagroso origen que tuvo el santuario de la*

Virgen María Nuestra Señora de Guadalupe, cómo se había fijado la imagen de la Virgen Morena en la tilma de Juan Diego (*Sobre la superficie bruñida de un espejo*, 1989), o a la ficción que siglos más tarde desarrolló el artista Carlos Jurado sobre Enrique Martínez en Ciudad Real (hoy San Cristóbal de Las Casas) en *El arte de la aprehensión de las imágenes y el Unicornio* (1974).

Los trabajos de Herrera muestran su conocimiento y destreza, su inserción en la cultura científica de la época y, por otra parte, confirman la necesidad de contar con un aparato de Estado que apoyara y difundiera el invento, como ocurrió con Louis-Jacques-Mandé Daguerre en 1839. La transcripción del expediente de 1797, encontrado por la autora en el Archivo del Palacio de Minería, y la contextualización que ella misma hace, nos adentra en los procedimientos seguidos por la Real Escuela de Minería, la procedencia de Herrera, a quien sigue la pista a través de un artículo publicado en 1813 y un discurso de 1834, donde valora las aportaciones de la química en el mundo moderno. Se puede agregar que, en una historia de 1890 sobre la escuela de minería, el ingeniero de minas Santiago Ramírez valoraba el hecho de que De Herrera hubiera descubierto la fotografía “al mismo tiempo que Daguerre”, pues para entonces ya se consideraba un descubrimiento valioso, a la altura del telégrafo o las máquinas de vapor.

Posteriormente nos presenta la que a su juicio es la imagen más antigua de la localidad: un retrato

de indios otomíes que fue vendida al Museo Regional por los descendientes que habitaban en Tolimán, estableciendo la procedencia familiar y geográfica. La autora enfatiza que esos indios son sujetos de la foto, y no objetos, pues *no* se trata de un registro etnográfico, como suele suceder con las imágenes de grupos étnicos que empiezan a ser frecuentes hacia finales del siglo XIX. Nos ubica en la historia de los indígenas de Querétaro, en especial la de los otomíes, cuya lengua era una de las más extendidas en el país.

Se trata de un ferrotipo pequeño que muestra a tres hombres y que Zárate fecha entre 1850-1855; considera que posiblemente son arrieros que tuvieron suficientes ingresos como para retratarse y, sobre todo, el interés por hacerlo. Los sitúa en la calle, pues se aprecian anuncios pegados en la pared que les sirve de fondo. Recordemos que durante gran parte del siglo XIX, como informa la autora, era frecuente la presencia de fotógrafos ambulantes que iban en ciertos periodos del año a las poblaciones alejadas, generalmente cuando se celebraba alguna feria local. Ellos utilizaron habitaciones de hoteles o casas y, con frecuencia, el espacio abierto para realizar sus tomas. Sin embargo, considero que la vestimenta y los anuncios apuntan a una fecha posterior (posiblemente hacia 1890), ya que la técnica del ferrotipo se siguió empleando hasta las primeras décadas del siglo XX. En realidad poco importa pues se trata de un retrato significativo, casi único en la fotografía decimonónica en México.

Para concluir el primer capítulo nos presenta el retrato de Rómulo Bautista, un héroe de la batalla del Cinco de Mayo. Establece su procedencia: el fundador del Museo Regional, Germán Patiño, a quien Zárate ha estudiado, recibió de los descendientes de Bautista un conjunto de materiales en 1936. Se trata de la reproducción de un retrato en formato de tarjeta de visita, que permitió la difusión casi masiva de la fotografía, como narra la autora. A esta imagen de un joven se le colocaron dos medallas que le fueron concedidas por su valentía. Como era de esperarse, Guadalupe Zárate nos narra la historia de Bautista y la presencia de los batallones queretanos en la gesta.

Como suele suceder en la investigación, las horas sentadas revisando materiales nos premian generalmente con pequeños y grandes hallazgos. Es el caso de Guadalupe, quien encontró en la Fototeca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos una serie de reprografías de materiales sobre el Segundo Imperio en Querétaro, de la cual desafortunadamente no se consignó la procedencia. Se trata de nueve vistas que le permiten elaborar un segundo capítulo dedicado a la primera visita de Maximiliano a la región, entre agosto y octubre de 1864. Basándose en las fuentes de la época, reconstruye el recorrido que coincide con las imágenes. La confrontación con el álbum de un oficial francés (Louis Falconnet) que se resguarda en las colecciones del Getty Research Institute, en Los Ángeles, California, le

dotó de imágenes y textos similares. De esta manera encontró un referente temático y autoral, Ernest Louet, pagador del ejército francés, una fuente fundamental, pero creo que es más importante la contextualización que Zárate hace para fechar las imágenes. Sólo con su conocimiento sobre el patrimonio arquitectónico es posible fijar referentes tan ciertos. Nos enteramos entonces de algunas de las transformaciones que ha sufrido el patrimonio queretano, como el del convento de San Francisco que hoy alberga al Museo Regional citado. Las imágenes, a su vez, proporcionan elementos para entender estructuras y urbanizaciones y así contribuir a la conservación del rico legado patrimonial.

El capítulo cierra con el álbum de Falconnet, donde se identifica erróneamente al general Tomás Mejía con un retrato aparentemente de Juan Nepomuceno Almonte. Un error comprensible pues, como miembro del ejército francés, debió salir del país antes del sitio de Querétaro.

El libro cierra con “Los queretanos a escena”, fincado en el acervo de tarjetas de visita que se encuentra en el Museo Regional, reunido por Germán Patiño y el historiador Heraclio Cabrera. Ese formato abarató los precios, fomentando la producción y circulación de imágenes. Podríamos pensar en un impacto similar al que ha tenido la foto digital: una ampliación del horizonte visual casi inimaginable; una democratización como señalaba el periódico satírico *La Orquesta* en 1866, que Zárate cita.

El acervo del Museo Regional de Querétaro consta de 15 860 piezas, de las cuales 221 son tarjetas de visita que han sido catalogadas por la autora y Gabriel Arturo Juárez Hernández. Entre ellas destacan 43 piezas que remiten a la famosa serie de tipos mexicanos elaborada por la firma de Cruces y Campa.

Me llamó la atención la circulación de los retratos y, por tanto, de los queretanos; hay fotos cuyas dedicatorias (invaluable fuente para los historiadores) las sitúan en la Ciudad de México, San Luis Potosí o Zacatecas. Desafortunadamente no todas llevan inscripciones ni el nombre del fotógrafo estampado en la tarjeta donde se adhería la imagen (188 de 221). No nos permiten olvidar que aun en esas décadas, las personas se movían con regularidad.

La autora se concentra en las imágenes que dan cuenta de usos y costumbres en la sociedad queretana, tanto en la vida privada como en la imagen de políticos. Encontró desde declaratorias de amistad y reafirmación de lazos familiares, hasta imágenes osadas (el sujeto sentado en las piernas de otro hombre), o vínculos con la muerte (en la dedicatoria de María F. de Guerrero a su ahijada).

Guadalupe Zárate cierra con una visión general de los fotógrafos que operaban en la capital del estado y en los estudios de la Ciudad de México y San Luis Potosí, frecuentados por los queretanos. Un primer listado que sin duda es un punto de partida importante para la continuación de esta historia de la fotografía en Querétaro.